

Un funeral para las hormigas

Gloria Elena Tavarez Chacón

Doctorado en Educación Artes y Humanidades, UACH.

gloriaelenatavarez@gmail.com

El universo es egoísta. La muerte de la más ínfima criatura no representa menor alteración en el orden general de las cosas. Podemos intentar restarle al infinito, pero el resultado siempre será el mismo: silencioso y atemporal sempiterno.

No es de sorprender que uno de los pasatiempos de los niños que asisten a la primaria, era encontrar hormigueros para llenarlos de agua. Los maestros nunca vieron malicia en tal actividad; según ellos, ayudaba con las plagas de la escuela. Había unos pocos que buscaban en el fuego un placer maligno adicional. Con ayuda de unos anteojos disfrutaban quemar las filas de hormigas que se dirigían a su hormiguero. Se volvía una competencia por ver quién lograba la mayor cantidad de cuerpos calcinados. Incluso en soledad, el niño más introvertido encontraba diversión en la contorsión agonizante de los minúsculos cuerpos de las hormigas.

Otros niños, aunque eran los menos, se graduaban del genocidio de hormigas para encontrar un deleite adicional en cuerpos más grandes. Disfrutaban capturando saltamontes para arrancarles las extremidades y luego liberarlos. Luego se embelesaban con su desesperación por huir y refugiarse, hasta que eran atrapados por un depredador. O bien, luego de saciar su sed de tortura, los niños, cual dioses misericordiosos, ponían fin a su sufrimiento aplastándolos.

Susana presenciaba todo. Cada recreo era una visión apocalíptica de extinción masiva que a nadie parecía importarle. Cuando, entre lágrimas, intentaba explicar a su maestra la situación, ésta, harta de las continuas protestas (y que la niña se rehusara a entender que los insectos “no sienten dolor”), le dijo con una mueca burlona: “Pues hazles un funeral a esas hormigas”.

Susana tenía siete años. A pesar de su edad, ya había pasado por un desfile de carrozas y cortejos fúnebres. Aunque le explicaron qué era la muerte, seguía sin comprender cómo, en un instante, alguien deja de existir sin mayores consecuencias, y esta idea le aterraba. Cuando su tío murió, el árbol no cambió sus hojas, ni el cielo se volvió gris como en las películas. Sin embargo, el cáncer había drenado hasta la última gota de humanidad de aquel cuerpo amorfo que se despedía de ella musitando apenas con voz entrecortada: “güerita”. A pesar de tantos funerales, su maestra nunca cambió las actividades de matemáticas que tanto odiaba; el mundo siguió su andar incesante, sin importar cuántas veces Susana mirara de frente a la muerte.

Por aquellos años, fue tendencia hablar de “el fin de los tiempos” por el cambio de siglo. Las personas se alarmaron ante el temor de un posible error en las computadoras que ocasionaría un fallo irreparable en el orden mundial. La ficción hollywoodense alimentó ese miedo. Aunque el cambio de siglo llegó sin escenarios apocalípticos, la idea plagó la mente de Susana y la mantuvo en vigilia por varios días. Esa fue la primera vez que en ella nació un horror por imaginar la extinción masiva de una

especie en sólo un parpadeo. Su abuelo, en un intento por tranquilizarla, mencionó unas palabras que parasitaron la conciencia de Susana: “El mundo no se acaba, es egoísta. En cambio, nuestro mundo, ese pedacito que tiene cada uno dentro, se termina con nosotros. Cuando mueres, es el fin del mundo”.

Susana había presenciado diversas ceremonias religiosas relacionadas con la muerte. A pesar de ello, se preguntaba cómo el ritual salvaría amparaba el alma que tanto mencionaban, la tan anhelada promesa de la vida después de la muerte. El féretro rodeado de arreglos florales era la parte que encontraba más indigesta. El aroma dulzón de las flores y del formol era apenas soportable; le ocasionaba un malestar físico acentuado por la visión insepulta del cuerpo inerte. Aquella figura parecía un remedo de quien fuera en vida; una magnífica obra de teatro de la que todos conocen el guion: la muerte vestida con la piel del difunto tendida sobre el ataúd, con una máscara de un tiempo mejor.

El terror por la muerte se propagó a todos los ámbitos de su vida. Cada que veía un animal morir, incluso insectos, lloraba por el mundo que terminaba. El cosmos es indiferente ante la muerte de cada ser que lo habita; quedan reducidos a su verdadera esencia: la nada. El olvido universal en un silencio perpetuo e indolente.

Con las palabras de su maestra: “hazles un funeral”, recordó la importancia de los ritos fúnebres para la salvación del alma. Pensó en todos esos mundos terminando sin una promesa de eternidad. Al día siguiente, trajo consigo una caja de zapatos que encontró en el armario. Durante el recreo, se escondió en el baño para esperar que los niños volvieran al salón de clase. Su trance era tal que creía escuchar los gritos agonizantes de la matanza que se llevaba a cabo en el patio de recreo. Pensó en rezar, pero no sabía cómo; sólo esperó en silencio.

Una vez que cesó el ruido del exterior, se dirigió al patio con su caja. Susana estaba dispuesta a recolectar cada cuerpo con la delicadeza que ameritaba su muerte. Sin embargo, le fue imposible distinguir las extremidades minúsculas esparcidas por la tierra y el lodo. Con sus manos tomó puñados de tierra y los vertió en la caja. Creía ver suficientes cadáveres cada que insertaba sus manos entre la maleza y el lodo. Pronto, la caja que antes albergara los zapatos finos de su madre estuvo llena de tierra, rocas y restos de insectos.

Guardó en su mochila la caja y se dispuso a entrar a clases. La maestra pasó por alto el retardo de Susana y su ropa llena de tierra. Preocuparse o mostrar interés por un estudiante en particular no estaba dentro de sus prácticas docentes; bastaba con completar su jornada.

Al llegar a casa, la preocupación de su madre se centró en el aspecto desaliñado de su hija, ignoró su mirada absorta en el vacío, como la de quien se encontrare sumido por la más agonizante tortura. Una vez libre de la custodia materna, Susana recolectó los artilugios que recordaba de los funerales: flores y crucifijos. Con una madre devota, no era mayor problema encontrar una variedad de rosarios de colores y demás parafernalia religiosa. Con facilidad asegurarían el descanso de los cuerpos que reposaban en la caja de zapatos.

En el patio, clavó la cruz que descansaba sobre la sala. Colocó la caja y la rodeó de flores. De

manera gentil, dejó caer el rosario sobre la tierra. Una vez preparado el ornamento, Susana se arrodilló y abrió la caja. Debía ser un funeral de ataúd abierto. Imitando lo que había visto tantas veces, juntó sus manos para orar; una plegaria pueril para que aquellos mundos no se extinguieran en vano.

El ritual no pudo concluir. Cuando la madre de Susana contempló tal imagen, tuvo que detener aquella transgresión; su hija había mancillado la sacralidad de su cruz y rosario. Fúrica, apretó los brazos de Susana, sacudiéndola con fuerza mientras gritaba: “¿Estás loca chamaca?, ¡Mira nada más! ¿qué hiciste?, ¡Ya llenaste todo de tierra! ¿en qué pensabas? ¿o es que no piensas? Y luego, arrodillada”.

Entretanto los gritos se volvían lejanos en la mente de Susana, su madre usó la manguera del patio para limpiar tal sacrilegio. Como castigo, también roció a Susana. Hizo lo mismo con sus reliquias, para que el agua lavara la tierra y la herejía.

No quedaba nada. Un enjambre de mundos arrastrados por el agua y devueltos a la tierra. Y el mundo de Susana, aún palpitaba: aletargado, cautivo e insepulto.